

LA REVOLUCION FRANCESA Y LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE

FOR

MIGUEL PORADOWSKI

La Revolución francesa ocurre casi exactamente al cumplirse el centenario de la Revolución inglesa y, de manera parecida, la Revolución bolchevique (1), es decir, la Revolución rusa (2) ocurre casi al cumplirse el centenario de la Revolución francesa, pues su primera etapa empieza en los años 1904-1905, y su segunda en el año 1917 (3).

Vale la pena recordar también, como una curiosidad, la profecía de Joseph de Maistre, del año 1817, cuando él escribe al General de los jesuitas: «... es preciso prepararse a una gran revolución, pues la que acaba de terminar fue solamente una introducción...» («...il faut se préparer à une grande révolution, dont celle qui vient de finir... n'était que la préface...») (4). Esta profecía se ha cumplido exactamente.

La influencia de la Revolución inglesa sobre la Revolución francesa es muy superficial, a pesar de que entre ellas se da

(1) La palabra «bolchevique» viene de la palabra rusa «bolschoi», es decir: mayoritario, más grande, más importante, radical, extremista, ateo, materialista, cínico, sin escrúpulos de ninguna clase.

(2) «Rusa» sólo en sentido geográfico, pues ocurre en Rusia; sin embargo, es muy poco «rusa», pues es planificada y llevada a cabo por elementos no rusos, sino de otras nacionalidades conquistadas y oprimidas por Rusia.

(3) Ya hemos visto anteriormente que muchos historiadores prolongan el período de la Revolución francesa hasta la Restauración, es decir, hasta la caída de Napoleón en 1815.

(4) Citado por JEAN CALBRETTE, *La crise actuelle du catholicisme français*, s. f., pág. 9.

mucho paralelismo, mientras que la influencia de la Revolución francesa sobre la Revolución bolchevique es extraordinaria, pues —como lo vamos a ver— los dirigentes de la Revolución bolchevique siguen conscientemente el «modelo» de la Revolución francesa y lo «copian», incluso en los más pequeños detalles.

A pesar de que la Revolución francesa es, para los revolucionarios «rusos» (5), un modelo sagrado y obligatorio, hay que tener presente que lo miran con los anteojos marxistas y, que por eso, la revolución que «hacen», es decir, la Revolución bolchevique, como una copia de la Revolución francesa, es para ellos la primera realización histórica de la revolución marxista-comunista, siendo, por ello, la continuación de la Revolución francesa. De ahí que la influencia de la Revolución francesa sobre la Revolución bolchevique sea muy profunda, complicada y determinante.

Al respecto hay que recordar que ésta empieza ya con una influencia previa, directa e indirecta, de las ideologías de los enciclopedistas franceses de la segunda mitad del siglo XVIII. Los escritos de Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvetius, etc., son muy leídos por la *intelligentsia* (6) rusa, especialmente por los estu-

(5) Pocos de estos revolucionarios «rusos» son, en realidad, rusos, sino en su gran mayoría judíos o personas que provienen de otras etnias o nacionalidades, sojuzgadas por Rusia. Según la prensa oficial soviética del año 1918, sobre los 556 más importantes funcionarios estatales soviéticos, sólo 17 son rusos, mientras que 458 son judíos y los demás, los 98 restantes, son de otras nacionalidades. Véase: DENIS FAHEY, *The Mystical Body of Christ in the Modern World*, Cork, 1947, pág. xxxiv.

En la lista del primer equipo de la Comisión Extraordinaria (Cherezvinnáia Komisia), es decir, de la Policía Política (del terror estatal soviético) sobre 36 miembros sólo dos son rusos, el resto lo componen un alemán, un polaco, un armenio, ocho letones y 23 judíos.

En la lista del primer equipo del Comité Central Ejecutivo, compuesto por 61 miembros, sólo cinco son rusos, los otros son seis letones, un alemán, dos armenios, dos georgianos, dos ucranianos y 42 judíos. Véase: ROBERT WILTON, *Les derniers jours des Romanof*, citado por DENIS FAHEY, *op. cit.*, págs. xxxiii y xxxiv. El autor cita muchísimas otras listas.

(6) Se trata de gente culta, con estudios universitarios, pero desvinculada de las correspondientes actividades profesionales y por eso acomple-

diantes universitarios. Los grandes escritores rusos de la época, como Dostoiewski, Turgueniev, Gogol, etc., describen esta nefasta influencia de las ideologías extranjeras sobre la juventud rusa, especialmente la influencia del materialismo, como la causa principal de la descristianización de la cultura rusa. Precisamente la mayoría de los revolucionarios «rusos», partidarios de la utopía comunista-marxista, provienen de este grupo social llamado *intelligentsia*. De esta manera quedan ellos preparados para aceptar casi toda la herencia de la Revolución francesa: el liberalismo, el individualismo, el racionalismo, el materialismo, el igualitarismo, la democracia totalitaria rousseauiana, el afán de la destrucción de todo, especialmente del cristianismo y de la monarquía, las cuatro corrientes del comunismo revolucionario: la de Rabaut, la de Barnave, la de los Rabiosos y la de los Iguales de Babeuf y de Buonarroti. Se entusiasman con los protagonistas de la Revolución francesa, ante todo con los más radicales y más extremistas, como Danton, Marat y Robespierre.

Sin embargo, no hay que olvidar, repetimos, que miran y valorizan la Revolución francesa siempre desde el punto de vista marxista, tomando el *Manifiesto Comunista* (1848), como un programa obligatorio, no solamente por razones morales, considerando a sus autores, Marx y Engels, como autoridades supremas, sino también por razones «científicas»: para ellos, el socialismo marxista del *Manifiesto Comunista* es «científico» (7) y, por ende, indiscutible. Para estos revolucionarios bolcheviques, es decir, extremistas y radicales, el mismo *Manifiesto Comunista* es algo tan sagrado, indiscutible y respetable como la Biblia para los judíos y cristianos.

El *Manifiesto Comunista* acoge la doctrina revolucionaria babuvista con la interpretación de Buonarroti y de los blanquistas, respecto a las cuatro etapas de la Revolución francesa que son:

jada, sintiéndose descontenta y frustrada, lo cual la hace apta para entusiasmarse con las utopías.

(7) MARX y ENGELS, los autores del *Manifiesto Comunista*, clasifican todas las doctrinas y corrientes socialistas como «utopistas» y, frente a este «utopismo», presentan su propio socialismo como «científico», es decir, basado sobre el análisis del «capitalismo» y de la revolución industrial.

burguesa, democrática, socialista y proletaria. Por lo cual, los revolucionarios bolcheviques, siendo al extremo «fundamentalistas», nunca se atrevieron a discutir esta doctrina, para ellos sagrada, y sólo se limitaban a formular la pregunta: ¿estaría Rusia ya madura para la revolución?

Algunos de ellos se atrevían a destacar las ideas de los blanquistas, que admiten la posibilidad de que la revolución también se realizara en algunos países todavía «no maduros» —es decir, los que todavía no han pasado por la revolución industrial y, que por ende, no son «capitalistas», ni tampoco tienen proletariado, al menos en una cantidad suficiente como para constituir una dinámica social revolucionaria indispensable—, a condición de que exista una adecuada cantidad de «revolucionarios profesionales», con los cuales se puede, hasta algún punto, suplir la falta del descontento de la población, pues estos revolucionarios profesionales, bien preparados, están capacitados para llevar a cabo una propaganda del descontento adecuada y, por ende, exitosa.

Además, sorprendentemente, vinieron en su ayuda los japoneses, con ocasión de la guerra con la Rusia zarista, en los años 1904-1905, y lo que, para todos los revolucionarios en Rusia parecía imposible, ahora, con ocasión de la guerra ruso-japonesa, para algunos de ellos, los trotskistas (8), se presenta como una ocasión excelente (9), al menos para hacer un ensayo de la revolución, con el fin de aprovechar esta experiencia en otra ocasión.

(8) En realidad, la figura principal de esta acción revolucionaria en Rusia, en los años 1904-1905, fue Parvus (el pseudónimo de Israel Larazevitch, Helphand, Gelfand), un judío ruso-alemán de extraordinaria capacidad para hacer negocios, especialmente tratándose del comercio de armas, en favor de todo tipo de revoluciones, rebeliones, guerrillas, huelgas estratégicas, etc., es decir, como lo dicen los españoles, «un águila para los negocios» (*Geschäftemacher*). Parvus, al mismo tiempo, fue también un gran revolucionario, que desarrolló, especialmente en la doctrina revolucionaria marxista, el concepto de la «revolución permanente», en lo cual fue seguido después por Trotsky, quien, bajo la dirección de Parvus, organiza los famosos «soviets» (consejos) de los obreros en Rusia, en los años 1904-1905, todo muy bien financiado por el gobierno japonés.

(9) «Excelente» por dos razones: la primera, porque, en la doctrina babuvista-marxista-blanquista, la guerra es considerada como uno de los

La guerra ruso-japonesa duró relativamente poco tiempo, demasiado corto para que los revolucionarios alcanzaran a desatar en Rusia una revolución de mayores proporciones, pero suficiente para experimentar algunos métodos de propaganda subversiva y, especialmente, los «soviets», y, ante todo, para darse cuenta con quiénes eventualmente podían contar en el futuro.

Una de las conclusiones de esta experiencia revolucionaria del año 1905 fue el imperativo de dar una mayor importancia a la preparación de los «revolucionarios profesionales», es decir, la necesidad de fundar mejores «escuelas» para este fin. Algunas de estas escuelas funcionaban en Rusia de manera clandestina mucho antes de la guerra ruso-japonesa. Sin embargo, después del «ensayo» de la revolución de 1905, muchos protagonistas de estos acontecimientos, para evitar arrestos o juicios en los tribunales, emigraron a los países europeos, especialmente a Italia, de donde surgió la decisión de fundar también escuelas revolucionarias fuera de Rusia. Así nacieron las famosas escuelas en Capri, en Bologna y en Longjumeau. La escuela en Capri fue la más seria; fundada por el partido, funcionaba en la casa de Maxim Gorki (10). La de Bologna (Italia) estaba a cargo de Bogdanov y la de Longjumeau, cerca de París, fue dirigida por algún tiempo por Lenin. Todas estas escuelas fueron financiadas con el dinero proveniente de atracos a los bancos (11).

factores positivos para «hacer» la revolución, y la segunda porque, de todas maneras, fue un gran negocio financiero, muy útil para los «revolucionarios profesionales».

(10) MAXIM GORKI (1868-1936) es el pseudónimo de Alexis Maximovich Peshkov, escritor ruso, que entre 1906-1913 vive en Italia, en la isla Capri. En vísperas de la primera guerra mundial vuelve a Rusia (1913), pero la abandona para siempre en 1921, disgustado con la Revolución bolchevique, a cuya preparación contribuyó muchísimo, siendo amigo de Lenin y ofreciendo su casa para la escuela revolucionaria. Es autor de muchas novelas, de las cuales tal vez la más importante es *La madre* (1907). La escuela de Capri tenía un importante equipo de profesores, entre ellos a Lunacharski, el futuro comisario (ministro) de educación en los primeros gobiernos bolcheviques. Ocasionalmente venía también Lenin, más bien para disfrutar de este fantástico lugar turístico.

(11) Para mayores detalles sobre las escuelas revolucionarias y los

Estas escuelas para «revolucionarios profesionales» aumentan enormemente después de la toma del poder en Rusia por los bolcheviques. Sin embargo, cambian mucho con la llegada al poder de Stalin (1924), quien coloca como comisario (ministro) de guerra a un auténtico militar, Mikhail Frunze (quien reemplaza a Trotsky); desde este momento, las escuelas superiores para «revolucionarios profesionales» dependen del Ministerio de Guerra y adquieren un carácter más militar, pues se militariza el mismo concepto de revolución marxista-comunista-mundial (*die Weltrevolution*), la cual se concibe como una «guerra revolucionaria». Aparecen en la Unión Soviética varias «academias» y «universidades», en las cuales se prepara exclusivamente a «revolucionarios profesionales», según los países y continentes, para Asia, Africa, América Central, América del Sur, etc. Se da una especial importancia a la preparación político-militar-revolucionaria de los chinos en la Universidad Sun Yat-sen (12), por la cual pasaron miles de comunistas chinos encabezados por Mao-Tse-tung.

Anteriormente ya hemos visto que, durante la Revolución francesa, Babeuf incluye el elemento militar en su concepto de la revolución comunista y que, para él, la revolución comunista toma el carácter de «guerra civil». También Karl Marx sigue desarrollando este concepto de la revolución comunista como una «guerra». Sin embargo, es solamente con Lenin cuando este concepto adquiere formas más claras. En efecto, Lenin, en un artículo escrito en 1916, titulado *El programa militar de la revolución proletaria*, trata varios aspectos relacionados con la guerra y la revolución comunista, a la cual, en esta ocasión, llama «proletaria». Se ocupa, por ejemplo, de las actividades y actitudes de los socialistas en relación con las guerras revolucionarias, las que, para él, son las «guerras liberadoras»; además afirma que las guerras civiles son también «guerras» y, en esta ocasión, invoca la autoridad de Engels. Estas ideas pasaron al documento *Las tesis y estatutos de la Internacional Comunista* (1920).

atracos a los bancos en Rusia y fuera de Rusia por los «revolucionarios profesionales», véase las biografías de Lenin, especialmente de Possony y de Louis Fisher.

(12) Véase: STEFAN T. POSSONY, *A Century of Conflict*, Chicago, 1953.

Y no se trata solamente de la teoría, sino ante todo de la práctica, pues estas polémicas teóricas aparecen en el momento en que el Ejército rojo se prepara para invadir a toda Europa (y no solamente a la Europa Central: Polonia, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia, etc.). En efecto, la doctrina revolucionaria de Lenin insiste en la extensión inmediata de la Revolución bolchevique a toda Europa y, de hecho, el gobierno comunista de Rusia inmediatamente combina la acción revolucionaria (las huelgas, la subversión y la insurrección) con las guerrillas y con la acción militar del Ejército rojo en casi todos los países europeos, especialmente en Hungría, en Rumanía, en Checoslovaquia, en Alemania, en Italia y en Francia (13). Sólo la derrota de este Ejército rojo (14) soviético por el Ejército polaco, en las cercanías de Varsovia, sobre las riberas del río Vístula, el 15 de agosto (15) de 1920, salvó a toda Europa del peligro de la extensión de la Revolución bolchevique.

En este tiempo, Lev Trotsky escribía: «El Ejército rojo es consciente de que no es ruso, sino internacional, pues es un Ejército de la Revolución mundial» (*Die Weltrevolution*) (16).

El tema de «el papel de las FF.AA. en la revolución marxista-comunista» fue frecuentemente debatido entre los bolcheviques, especialmente en una sesión extraordinaria el 1 de abril de 1922, con la participación de los más altos mandos soviéticos:

(13) Véase: P. MILYUKOV, *La politique extérieure des Soviets*.

(14) Trotsky, que es en este tiempo comisario (ministro) de guerra, en su libro *Cómo se ha armado la revolución* (Moscú, 1920, cinco volúmenes), frecuentemente insiste que el Ejército rojo no es ruso, sino internacional: «El Ejército rojo rechazaba hasta la más leve traza de patriotismo nacional. No era el ejército de Rusia; era el ejército de la Revolución», escribe el traductor al castellano del mencionado libro. Véase: *Obras de León Trotsky*, tomo 21, «Escritos militares», vol. I, México, 1975.

(15) Es el día de la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María; de ahí que esta victoria sobre los bolcheviques fuera atribuida por el pueblo polaco a la intervención de la Madre de Dios, y llamada «el milagro del Vístula», dada la falta de proporción entre el enorme ejército bolchevique y las pequeñas tropas polacas.

(16) L. TROTSKY, *Die russische sozialistische rote Armee*, Zurich, 1920, pág. 52, citado por S. T. POSSONY, *A Century of Conflict*, op. cit., pág. 100.

Trotsky, Tuchachevsky, Budyenny y Voroshilov (17). Unos años después, en 1927, D. B. Ryazanov, parafraseando a Clausevitz, lanzó la expresión: «la guerra de los Estados proletarios debería ser la continuación de la revolución de otros medios» (18).

El papel de las guerrillas, en la revolución marxista-comunista, también es estudiado junto con el papel de las FF.AA. A pesar de que ya es considerado en los trabajos de los primeros años del gobierno comunista de la Unión Soviética, especialmente en la obra de S. I. Gussev, *Die Lehren des Bürgerkrieges* (1921), viene a ser excepcionalmente tratado cuando se despierta en Moscú el interés por fomentar la revolución marxista-comunista en China. Así, el quinto congreso de la Internacional Comunista (1924) proclama una ofensiva revolucionaria contra el Este. Algunos años después, Mao-Tse-tung dedica al tema de las guerrillas varios estudios (19), los que después de la segunda guerra mundial son aprovechados por los comunistas de América Latina.

Resumiendo, se puede decir que la Revolución francesa influye sobre los revolucionarios en Rusia con mayor facilidad porque sus ideas y su herencia caen, como semillas, en una tierra ya abonada por las ideologías de los enciclopedistas del siglo XVIII.

Otro camino para esta influencia se abre cuando el ejército ruso, persiguiendo a las tropas de Napoleón, llega hasta Francia, quedándose por algún tiempo como tropas de ocupación, un tiempo suficiente para que se contagien con las ideologías de la Revolución francesa y con el espíritu revolucionario de los franceses. Es sabido que en esta ocasión muchos oficiales del ejército ruso se hicieron «francmasones», es decir, anticristianos y revolucionarios. Volviendo a Rusia, llevan consigo el entusiasmo revolucionario y los sueños de imitar en Rusia a la Revolución

(17) *Osnobnaya voyennaya sadacha momenta, diskussiya na temu o yedinoi voyennoi doktrinye*, Moscú, 1922, citado por S. T. POSSONY, *A Century of Conflict*, op. cit., pág. 103.

(18) D. B. RYAZANOV, *Voynnoye delo i marksizm*, 1927, citado por S. T. POSSONY, *A Century of Conflict*, op. cit., pág. 104.

(19) Los más importantes son: *On a Prolonged War*, 1938; *The Strategic Problem of China's Revolutionary Wars*, 1941, y muchos otros.

francesa, lo que desemboca en la conspiración de los «dekaristas».

Las ideas marxistas se extienden a Rusia durante toda la segunda mitad del siglo XIX, fomentando el espíritu revolucionario. Así, un revolucionarismo de la Europa Occidental, es decir, con una mezcla de la herencia de la Revolución francesa y el revolucionarismo marxista, siendo siempre la Revolución francesa un modelo, un paradigma para los revolucionarios en Rusia.

Con ocasión del centenario de la Revolución francesa, aparecen en Francia y en otros países muchas obras que se refieren a este acontecimiento histórico, con lo cual se actualizan los debates y las discusiones sobre la Revolución francesa, sus causas y sus efectos. Los revolucionarios en Rusia se sienten de nuevo estimulados por el ejemplo de los protagonistas de la Revolución francesa y se hacen conscientemente herederos y continuadores del proceso revolucionario como tal, del cual la Revolución francesa es, para ellos, solamente una de sus etapas. Quieren continuar la Revolución universal y mundial, realizándola plena y simultáneamente esta vez en todos los países.

La guerra ruso-japonesa les facilita la actividad revolucionaria en Rusia, pues Japón, para debilitar el Imperio ruso, financia generosamente a los «revolucionarios profesionales»; lo que les facilita sus actividades subversivas, especialmente en las FF.AA. rusas. Mayor apoyo, poco después, lo reciben con ocasión de la primera guerra mundial, pues el gobierno alemán los trata como a sus aliados en la lucha armada contra Rusia. Vienen enormes fondos y todo tipo de facilidades para que los «revolucionarios profesionales», ocupados ante todo en la tarea de la desmoralización de las tropas rusas y de la propaganda del descontento y de la rebelión en toda la población del Imperio ruso, tengan éxito. Sin embargo, el mayor financiamiento de la destructora revolución en Rusia, durante la primera guerra mundial, viene de parte de la gran banca internacional de Wall Street y, más exactamente, de «120 Broadway» (20).

(20) ANTONY C. SUTTON, *Wall Street and the Bolshevik Revolution*, 1981.

La Revolución bolchevique no es, pues, una revolución «rusa», sino una revolución mundial (*die Weltrevolution*), inspirada en la Revolución francesa y realizada en Rusia por «revolucionarios profesionales» sin patria (según ellos mismos), financiada por el capital internacional, fomentada y facilitada por el gobierno alemán, más exactamente por el Estado Mayor del Ejército alemán, durante la primera guerra mundial, como una parte de la totalidad de las operaciones militares para vencer a Rusia, lo que consta en los mismos archivos de Alemania (21).

Que la Revolución bolchevique se realizara primeramente (22) en Rusia fue pura casualidad, es decir, un conjunto de circunstancias que la facilitaron. Pero los principales líderes de ella, Lenin y Trotsky, hasta el último momento permanecen fuera de Rusia (el año 1917) y no tienen ningún apuro por volver a ella, pues ambos están dedicados a fomentar y a organizar la revolución más bien fuera de Rusia: Lenin en Suiza y Trotsky en México. ¿Por qué? Probablemente por dos razones, a saber: la primera, porque ambos, siendo marxistas dogmáticos, seguían considerando a Rusia como un país todavía no maduro para la revolución marxista, es decir, todavía no preparada adecuadamente por la revolución industrial; Rusia, según ellos, no ha llegado aún a ser un país «capitalista». Lenin —pocas semanas antes de que los bolcheviques llegaran al poder (que les fue ofrecido gratuitamente por Kerensky, gobernante en este momento de Rusia)— escondido en Finlandia, escribía en su libro en preparación, *Estado y Revolución* (1917), que, según Engels (la máxima autoridad para Lenin después de Marx), «el comunismo nace del capitalismo», y, entonces, si no hay todavía en Rusia «capitalismo», tampoco puede darse en ella el «comunismo» (23). Parecida fue la opinión de Trotsky, quien, en este

(21) Z. A. B. ZEMAN, *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918*, Documents from the Archives of the German Foreign Ministry, London, Oxford University Press, 1958.

(22) Después de Rusia, vino su parcial realización en México y, luego, tocó el turno a China, con ocasión de la segunda guerra mundial.

(23) Véase: V. I. U. LENIN, *Estado y Revolución*, ed. castellana editada en Moscú, 1946. «El comunismo brota de la entraña del capitalismo».

tiempo, más se preocupaba por hacer la revolución en México que en Rusia. Y la segunda razón para ambos se imponía por el mismo concepto de la revolución marxista-comunista como una revolución esencialmente mundial y universal, y, por ende, realizable en todos los países ya «maduros», es decir, «capitalistas»; mientras más «capitalistas» eran, más «maduros» para la revolución; de ahí que preveían más bien su realización, primero en los países más industrializados, como Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos, por ser los más industrializados y, por ende, capitalistas, en vísperas de la primera guerra mundial.

Se impone la otra pregunta: ¿por qué el gran capital internacional los urgía para hacer la revolución en Rusia? Porque Rusia tenía enormes riquezas naturales de metales, de petróleo, etcétera, y el gobierno zarista no quería entregarlas a la explotación extranjera. De ahí que la gran banca internacional, es decir, Wall Street y «120 Broadway» tenían interés de deshacerse del zarismo en Rusia, para poder colocar en el gobierno ruso a su gente, lo que podrían hacer fácilmente en un régimen de una democracia corrupta como la de Kerensky o de un régimen marxista-comunista, subordinado a la voluntad de Wall Street.

Además, las otras potencias mundiales descubrieron que la revolución marxista-comunista era un excelente «mecanismo» para destruir a un país, por muy grande que fuera. Preocupadas por el extraordinario desarrollo económico de la Rusia zarista y por el rápido progreso general de Rusia de los Romanov, lo que podría llevarla pronto a ser la primera potencia mundial, se decidieron a destruirla o, al menos, paralizarla por largo tiempo, inyectándole el virus mortífero de la revolución marxista-comunista. No hay que olvidar que el mismo Lenin llamaba a sus discípulos de las escuelas para los «revolucionarios profesionales» las «bacterias». Pues, como las bacterias transforman cada realidad bioquímica en nuevas realidades (como, por ejemplo, el vino lo transforman en vinagre), los «revolucionarios profesionales»

«La democracia no es, en modo alguno, un límite insuperable, sino solamente una de las etapas en el camino del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al comunismo», pág. 116.

fácilmente descomponen y destruyen a cada sociedad sana, pues la corrompen con sus ideas y actividades subversivas.

Veamos ahora hasta qué punto la Revolución bolchevique es la «copia» de la Revolución francesa.

1. De manera parecida a como la Revolución francesa no es «francesa», sino una revolución «en Francia» (lo cual fue ya anteriormente analizado y comprobado), la Revolución bolchevique no es «rusa», sino una revolución mundial y universal, realizada parcialmente en Rusia.

Ambas revoluciones, por haber sido realizadas en países de larga historia, tenían que adaptarse a ambientes geográficos y culturales muy distintos; de ahí que también por esto en muchos aspectos sean diferentes.

2. En ambos casos, para los habitantes de estos países la revolución fue una sorpresa, pues no se justificaba por las situaciones reales que se vivían. Tanto Francia como Rusia, en vísperas de sus revoluciones, llegan a una grandeza cultural y política excepcional, gozando de un extraordinario bienestar. Basta recordar que Francia, en vísperas de su revolución, es considerada como la primera potencia mundial, tanto política y cultural, como militar y económica. La moneda francesa de oro de veinte francos (el *louis d'or*) es, de hecho, una moneda internacional (como lo es actualmente el dólar americano). Después de la Revolución francesa, el primer lugar que tenía Francia en el mundo viene a ser ocupado por Inglaterra y, poco después, por Rusia.

Casi lo mismo ocurre en Rusia, la cual también en vísperas de su revolución es no solamente el país más grande del mundo por su territorio y, hasta algún punto, por su población, sino ante todo por su poder político y militar; además, por su incipiente, pero extraordinario, desarrollo económico. Rusia no tenía ningún motivo para entrar en la guerra (la primera guerra mundial) y lo hizo sólo para cumplir con sus compromisos políticos (las alianzas).

3. En ambos casos la revolución viene con ocasión de las reformas llevadas a cabo por los gobiernos correspondientes para mejorar todavía más las condiciones de vida, especialmente de

los sectores de la población de menores recursos. También en ambos casos la revolución impide la plena realización de estas reformas, perjudicando a los sectores más modestos y enriqueciendo a los especuladores.

4. En ambos casos la revolución, como negación de las reformas, viene como rebelión contra ellas y es realizada, al menos al comienzo, por las clases altas, en defensa de sus intereses y privilegios. En Francia, la revolución empieza primeramente con la rebelión de la clase más alta, de la aristocracia, y, después, con la de la alta y opulenta burguesía, en desmembramiento de la clase media (la nobleza de provincias, los hidalgos y la pequeña burguesía) y del pueblo (los campesinos, los artesanos y los trabajadores de la industria). Muy parecida es la situación en Rusia, donde también la revolución empieza con la rebelión y conspiración de la más alta aristocracia y, después, por la de la enriquecida burguesía (el período de Kerensky), y sólo en la segunda etapa, con los bolcheviques, viene el apoyo de los campesinos engañados y de los obreros.

5. En ambos casos los primeros protagonistas son los liberales, personas ambiciosas e ingenuas, quedando rápidamente superados por los revolucionarios. Así, estos liberales sólo han tenido el papel de «tontos útiles» (como los ha llamado Lenin), y fueron las primeras víctimas del terrorismo bolchevique.

6. En ambos casos la revolución se hace en nombre de la «democracia» y de los «derechos humanos», para rápidamente acabar con todas las libertades, aplicando el terror, pisoteando todos los «derechos humanos» e imponiendo un régimen totalitario y opresor.

7. En ambos casos la así llamada «lucha de clases» viene sólo después, al final del proceso revolucionario, salvo que se tome en el sentido muy amplio de un conflicto entre los estratos opulentos que se disputen el poder, es decir, entre la alta aristocracia y la alta burguesía, ambas vinculadas con los grandes negocios y con la banca internacional.

8. En ambas revoluciones es evidente la intromisión extranjera. En Francia, principalmente la intervención de la Gran Bre-

taña, desde luego muy discreta; en Rusia, al principio, la revolución está fomentada por Alemania, y después también por los otros países, especialmente por los Estados Unidos de Norteamérica, política y financieramente (la gran banca internacional de Wall Street y de «120 Broadway»).

9. En ambos países, la revolución es precedida por el fermento ideológico y por la lucha contra el cristianismo; por la difusión de las ideologías materialistas, racionalistas y utopistas.

10. En ambos casos el regicidio es premeditado y simbólico: terminar para siempre con un poder basado en la autoridad divina, y reemplazarlo por un poder puramente humano, laico, «democrático», el cual, en realidad, resultó ser, en ambos casos, tiránico, opresor, inhumano y totalitario.

11. En ambos casos, la revolución fue posible solamente porque previamente fueron desmoralizadas las FF.AA. por una propaganda subversiva, hecha en nombre de la «democratización», tanto a nivel de la oficialidad (por las asociaciones secretas, vinculadas con la masonería) como a nivel de los soldados. En ambos casos, las FF.AA. quedaron completamente destruidas y después, ya durante la revolución, reconstruidas, pero ya como un «ejército revolucionario», es decir, como un ejército que ya no está al servicio de la patria y del país, o del rey, sino como un ejército que sirve exclusivamente a la revolución. En Francia, el ejército reconstruido sólo servía a la Revolución francesa y la extendía a toda Europa. El Ejército rojo servía sólo a la Revolución bolchevique, para también extenderla a todo el mundo. Sólo durante la segunda guerra mundial, Stalin vuelve al patriotismo, con lo cual consigue que el Ejército rojo defienda a la Rusia soviética de la ocupación por las tropas alemanas hitlerianas, y, desde este tiempo, el patriotismo está presente en las FF.AA. de la Unión Soviética. Algo parecido ha ocurrido en Francia, en la cual la vuelta al patriotismo de las FF.AA. se realiza completamente sólo con ocasión de la guerra con Prusia (1871).

12. En ambas revoluciones se da el espantoso «costo humano», es decir, el dolor humano de los que sufren hambre, la destrucción de sus bienes, enfermedades y, ante todo, la muerte

de sus seres queridos: la destrucción de la vida familiar, la pérdida del trabajo; la cruel miseria de los niños huérfanos y vagos; el terror político y criminal; la cesantía, la falta de viviendas; los millones de muertos y los millones de inválidos; los campos de deportación en lugares inhóspitos, etc.

13. En ambos casos la destrucción llega a tal punto que la misma revolución recurre al «bonapartismo»: en Francia, la normalidad y el orden es impuesto por el general Bonaparte (el futuro Emperador); en Rusia se impone Stalin, quien, a pesar de que sigue con la revolución, pone término a la destrucción, especialmente la material; sin embargo, bajo Stalin sigue adelante la destrucción moral, la destrucción del hombre, de su dignidad; la destrucción cultural, espiritual, el espantoso terror, extendido a todos, incluso a los revolucionarios.

14. Ambas revoluciones terminan (¡si es que terminan!) con la dictadura, con Bonaparte en Francia y con Stalin en Rusia, y después con una «democracia totalitaria», opresora, cruel y despótica (no hay peor despotismo que el de los «representantes del pueblo»).

15. Ambas revoluciones permanecen hasta hoy día en las etapas «democrática» y «socialista». La etapa «democrática» en el plano político, en Francia con un pluralismo partidista y en Rusia, hasta hace poco, con el «partido único comunista»; de ahí que, oficialmente, se llama «democracia popular», pretendiendo que el partido comunista representa a todo el pueblo, mientras que, en realidad, sólo representa a los revolucionarios comunistas.

La etapa «socialista», en el plano económico, pretende que el Estado sea el único empresario. Sin embargo, en Francia, según las cambiantes situaciones políticas y electorales, hay períodos más o menos socialistas, mientras que en Rusia el socialismo, desde 1917, dura casi sin cambio hasta hoy día (1990), a pesar de que surge el deseo de dejar esta utopía y de volver a la única (24) economía posible y eficiente que existe: la economía de mercado.

(24) «Única», pero en la cual pueden darse distintas variantes; una de ellas es la así llamada «economía social de mercado», la que, en algunos países, se adapta a las exigencias de la Doctrina Social de la Iglesia.

16. Ambas revoluciones son «mundiales» y «universales»; sin embargo, hay grandes diferencias en la interpretación de estos adjetivos.

La Revolución francesa es «mundial», pues pretende extenderse a todo el mundo, es decir, a todos los países sin excepción ninguna. Pero esta «mundialidad» no es una condición de su éxito; puede extenderse sólo a algunos países y continentes, a pesar de lo cual mantiene la posibilidad de ser realizada completamente en estos países, mientras que la «mundialidad» de la Revolución bolchevique se presenta como una condición absolutamente necesaria para que esta revolución pueda tener éxito en la misma Rusia. En otras palabras: hasta que no se extienda a todos los países y a todo el mundo, no puede tener éxito en Rusia (según la interpretación leninista y trotskista). Es decir, que la Revolución bolchevique es, por su naturaleza, imperialista, conquistadora y, según Ho-Chi-minh, el fallecido líder marxista-comunista de Vietnam, «o crece o muere», o se extiende a todo el mundo o fracasa. De ahí que esta «mundialidad» de la Revolución bolchevique exija de todos los comunistas la más rápida conquista de todos los países. Incluso la doctrina de Stalin sobre «el socialismo en un solo país» no puede ser interpretada fuera de esta «mundialidad». Cuando Stalin sostiene que la Revolución bolchevique puede ser realizada en un solo país (la Rusia soviética), solamente quiere subrayar que (a pesar de que la Revolución bolchevique es «mundial», es decir, *der Weltoctober*) dado el hecho que Rusia es un país inmenso y dispone de todas las materias primas para su industria, la Revolución bolchevique puede tener un *relativo* éxito al limitarse sólo a Rusia, pero no puede tener un éxito *completo*, antes de extenderse a todos los países del mundo entero. Esta «mundialidad», en la interpretación staliniana de la Revolución bolchevique, es un buen y cómodo pretexto para justificar su fracaso en Rusia.

La «universalidad» de ambas revoluciones consiste en la posibilidad de invadir todos los ambientes culturales, sin excepción alguna; de ahí que tanto la Revolución francesa como la Revolución bolchevique pueden invadir fácilmente todo, incluso las

religiones, y ambas lo hacen con éxito. La Revolución francesa desgraciadamente penetra con su ideología en todas las culturas e incluso en muchas religiones. Siendo «apadrinada» por la Masonería, de la cual siempre recibe ayuda y apoyo, junto con ella penetra incluso en la Iglesia católica. Con ocasión del Concilio Vaticano II, algunos «padres conciliares», unos en serio y otros tal vez, en broma, hacían la comparación entre la convocatoria de los «estados generales» por el rey Luis XVI en 1789, y del Concilio por el papa Juan XXIII, pues, en ambos casos, hubo una evidente rebelión contra todo lo previamente preparado por las autoridades correspondientes. No hay duda de que en el Concilio Vaticano II, entre algunos grupos de los asistentes, predominaban las ideologías de la Revolución francesa (25).

Para las ideas no hay fronteras, pues penetran en todos los ambientes. Las ideas de la Revolución bolchevique también pueden penetrar fácilmente en las religiones, y lo hacen desde hace ya mucho tiempo. La Teología de la Liberación y su complemento, la Teología de la Revolución, son los ejemplos más ilustrativos, pues ambas están abiertas a las ideas, tanto de la Revolución francesa como de su «hija» la Revolución bolchevique.

17. Ambas revoluciones provocan un cambio esencial en la situación política del mundo.

La Revolución francesa cambió políticamente a Europa, provocando la unificación de Italia y de Alemania, países que antes de la Revolución francesa estaban compuestos de muchísimos pequeños Estados; aumentando al mismo tiempo el poder de Gran Bretaña, la que llega a ser, en el siglo XIX, una gran potencia colonial.

La Revolución bolchevique, al destruir el Imperio ruso, facilitó una rápida aparición del imperialismo de los Estados Unidos. El rublo ruso de oro, como moneda mundial de hecho, pero no de derecho, viene a ser reemplazada por el dólar (de papel) y

(25) Véase: RALPH M. WILTGEN, SVD, *Le Rhin se jette dans le Tibre, Le Concile inconnu*, Éditions du Cèdre, 1976. La edición original en inglés es del año 1967. También: REINHARD RAFFALT, *Wohin steuert der Vatikan?*, München, 1973.

la conocida expresión en el siglo XIX *c'est un roublard* ha perdido su vigencia.

18. Ambos países son víctimas de una revolución-calamidad que les viene desde fuera. En el caso de Francia, esta calamidad viene, primero de Inglaterra, en forma de las ideologías que descomponen a la cultura cristiana de Francia, y después de Alemania en forma del Iluminismo.

En el caso de Rusia, la calamidad viene desde Francia, como la ideología de la Revolución francesa: el racionalismo, el liberalismo, el individualismo, el materialismo, la democracia totalitaria rousseaumiana, etc., y, ante todo, las cuatro corrientes del comunismo revolucionario.

19. Ambas revoluciones no se limitan ni a lo político, ni a lo económico, ni a lo social, ni a lo cultural, sino que tienen una pretensión metafísica: la de construir una sociedad radicalmente temporal, laica, secular, terrenal, autosuficiente, inmanentista, materialista, atea, sin Dios y contra Dios, en abierta y franca oposición a toda la tradición cristiana de casi dos mil años en el caso de Francia y de casi mil años en el caso de Rusia; construir una *Civitas mundi*, conscientemente opuesta a la tradicional *Civitas Dei*, por estar afincada exclusivamente aquí, en la tierra y en lo temporal.

Ambas son radicalmente totalitarias, pues ambas niegan el destino eterno de la vida humana. Ambas niegan el concepto de hombre como *homo viator*, el hombre peregrino, siempre en el camino a la Casa del Señor; peregrino a la felicidad eterna de Dios, su Creador, su Redentor y su último fin.

Ambas, reduciendo al hombre sólo a la categoría de un «terricola», pretenden construir una sociedad totalitaria, que absorbe *totalmente* al hombre, no permitiéndole tener su propia vida personal, espiritual, religiosa, que sobrepasa lo temporal.

De ahí que ambas revoluciones pretendan imponer al hombre la creencia en la teoría evolucionista, según la cual todo evoluciona y cambia de manera permanente, y el hombre, siendo sólo un producto de esa evolución, no difiere en nada de los otros seres vivos —plantas, insectos y animales— que «pueblan»

el planeta Tierra, y como todos los seres vivos, proviene del planeta Tierra para, muriendo, volver a él, pues no existe nada fuera de la materia. Así, ambas revoluciones degradan al hombre, lo reducen a la condición de un animal, sin destino eterno.

Parece, pues, que no existe una diferencia esencial entre la «madre» (la Revolución francesa) y su «hija» (la Revolución bolchevique), siendo ambas satánicas.

Sin embargo, la Revolución bolchevique no es solamente la continuación o la «copia» de la Revolución francesa, pues es también la obra de sus principales protagonistas: de Lenin, Trotsky y Stalin. Si un Robespierre determinó solamente con su personalidad un corto período de la Revolución francesa, simbolizado con la guillotina, Lenin, Trotsky y Stalin dejaron su impronta sobre toda la Revolución bolchevique, identificándola no solamente con el terror y sus instituciones permanentes, sino ante todo con su cinismo materialista y ateo, en el cual hay un siniestro desprecio del ser humano.

Lenin, cuando joven, a la edad de dieciséis años, pisoteó la Cruz y escupió sobre ella, y eso fue simbólico: durante toda su vida demostraba el desprecio del hombre, imagen de Dios. Lenin odiaba a Dios con un odio que sólo podría ser satánico, y lo proyectaba sobre el hombre y la sociedad. Atribuirle algunos sentimientos humanos es un malentendido. Lenin no solamente introduce los campos de concentración (exterminación) y de trabajos forzados en Rusia, siguiendo el ejemplo de la Revolución francesa, sino que transforma a todo este inmenso país en un solo gran campo de concentración, del cual no hay salida para nadie. Lenin murió relativamente joven, a la edad de 54 años, después de un año de una parálisis que no le permitía ni siquiera hablar; no tuvo, pues, el tiempo para reflexionar sobre el tema de la relación entre la Revolución francesa y su Revolución bolchevique, pero es sabido que deseaba que la suya fuera una copia exacta de la francesa.

Trotsky —quien dedicó toda su vida exclusivamente a la «revolución permanente», la cual, según él, empieza con la Revolución francesa y continúa en la Revolución bolchevique—

dejó por escrito muchísimas reflexiones sobre este tema. En su larguísima *Historia de la Revolución rusa*, a cada rato hace detalladas comparaciones entre estas dos revoluciones.

Veamos algunos ejemplos que completan lo mencionado anteriormente.

«Robespierre recordaba a la Asamblea Legislativa que la oposición de la nobleza, al debilitar a la monarquía, había puesto en pie a la burguesía, y detrás de ella a las masas populares. Al propio tiempo, Robespierre advertía que en el resto de Europa la revolución no podría desarrollarse con la misma rapidez que en Francia, porque las clases privilegiadas de los otros países, aprendiendo el ejemplo de la aristocracia francesa, se cuidarían de no tomar en sus manos la iniciativa de la revolución. Pero, al hacer este notable análisis, Robespierre se equivocaba, suponiendo que con su oposición irreflexiva los nobles franceses habían dado una lección perdurable a la aristocracia de los demás países» (26).

«La semejanza entre la última pareja de los Romanov y la pareja real de los tiempos de la gran Revolución francesa salta a la vista. Esta semejanza ha sido señalada ya en la literatura, pero de un modo superficial y sin sacar de ella ninguna consecuencia. No obstante, esta analogía no es casual, como a primera vista pudiera parecer, y brinda un material precioso para deducir conclusiones.

Separados unos de otros por una distancia de siglo y cuarto, hay momentos en que Nicolás II y Luis XVI se presentan como dos actores que han cumplido el mismo papel. En ambos es la felonía pasiva, acechante pero vengativa, el rasgo más destacado de carácter, con la diferencia de que en el rey francés se oculta tras una dudosa bondad, mientras que en el zar ruso es una forma de trato. Uno y otro producen la impresión de hombres a quienes les pesa el oficio que les cupo en suerte y que, sin embargo, no están dispuestos a ceder ni un ápice de los derechos que les rodean y que no saben cómo emplear. Sus diarios, seme-

(26) LEON TROTSKY, *Historia de la Revolución rusa*, Santiago, Chile, Ed. Quimantu, 1972, tomo I, pág. 102.

jantes hasta en el estilo o en la ausencia de estilo, revelan la misma agobiadora vacuidad espiritual.

La austriaca y la alemana de Hesse guardan, a su vez, una evidente simetría. Las dos reinas descuellan sobre sus maridos no sólo en estatura física, sino en talla moral. María Antonieta es menos beata que Alejandra Feodorovna y más ardientemente dada a los placeres. Pero ambas desprecian por igual a sus pueblos, ambas desechan indignadas toda idea de concesiones y ambas desconfían del valor de sus maridos y los miran de arriba abajo: María Antonieta, con una sombra de desprecio; Alejandra, con lástima.

Cuando Alejandra Feodorovna, dos meses antes de caer la monarquía, predica: «Las cosas toman un buen giro, los sueños de nuestro amigo tienen un gran significado», no hace más que repetir lo que María Antonieta decía un mes antes de derrumbarse en Francia el poder real: «Me siento muy animosa, y algo me dice que pronto seremos felices y estaremos salvados». Están ahogándose y ambas ven sueños de color rosa.

Ciertos elementos en esta analogía tienen, por supuesto, un carácter puramente casual y no ofrecen más que un interés histórico anecdótico. Sin duda más importancia tienen aquellos rasgos destacados o directamente impuestos por la fuerza de las circunstancias y que proyectan una cruda luz sobre los relaciones que guardan entre sí la personalidad y los factores objetivos de la Historia.

No sabía querer: he aquí el rasgo principal de su carácter, dice un historiador reaccionario francés hablando de Luis XVI. Estas palabras parecen el retrato de Nicolás II. Ninguno de los dos sabía querer; en cambio, sabían no querer. Y, en realidad, ¿qué iban a querer, suponiendo que pudiesen, los últimos representantes de una causa histórica definitivamente perdida?

Por lo general, escuchaba, sonreía, pero rara vez se decidía a nada. Lo primero que se le ocurría decir instintivamente era «no». ¿A quién se refieren estas palabras? Todavía a Luis Capetó. En todo era la conducta de Nicolás II un plagio del rey francés.

Luis XVI y Nicolás II eran los últimos vástagos de unas dinastías que habían vivido en forma turbulenta. La imperturbabilidad relativa de ambos, su serenidad y su semblante risucio en los momentos difíciles, eran otras tantas expresiones, adquiridas por hábito de educación, de la pobreza de energías interiores, de la baja tensión de sus descargas nerviosas, de la indigencia de sus recursos espirituales.

¿Y sus esposas? Alejandra, en más alto grado todavía que María Antonieta, viose exaltada por su matrimonio con el autócrata de un poderoso país a las más elevadas cumbres con que puede soñar una princesa, sobre todo la princesa de un rincón provinciano como Hesse. Ambas estaban poseídas hasta el último límite por la conciencia de su elevada misión: María Antonieta de un modo más frívolo, Alejandra con el espíritu de la hipocresía protestante traducido al lenguaje de la Iglesia eslava.

Nicolás Romanov y Luis Capeto se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano por el curso del drama histórico. Lo más que ellos podían poner de su cosecha eran los matices de la interpretación. La mala estrella de Nicolás II, lo mismo que la de Luis XVI, no hay que buscarla en su horóscopo personal, sino en el horóscopo histórico de la monarquía burocrático-feudal» (27).

«Milyukov podía apelar fundadamente al ejemplo de Mirabeau, jefe de la burguesía revolucionaria francesa, que tanto se había esforzado también, en su tiempo, por conciliar la revolución con el rey. Mirabeau obraba, impulsado como él, por el miedo de los propietarios por sus propiedades; era más prudente cubrirlas con el pabellón de la monarquía, del mismo modo que la monarquía se cubría en el pabellón de la Iglesia, que no dejarlas al descubierto. Pero en Francia, en 1789, la tradición del poder real estaba aún reconocida por el pueblo, sin hablar de que toda Europa era monárquica. Al apoyar al rey, la burguesía francesa no se divorciaba aún del pueblo; por lo menos, esgrimía contra

(27) *Ibid.*, págs. 120, 121, 122, 123, 124.

él sus propios prejuicios. La situación en la Rusia de 1917 era completamente distinta» (28).

«En la gran Revolución francesa la Asamblea Constituyente, cuya espina dorsal eran los elementos del tercer estado, concentra en sus manos el poder, aunque sin despojar al rey de todas sus prerrogativas. El período de la Asamblea Constituyente es un período característico de dualidad de poderes, que termina con la fuga del rey a Varennes y no se liquida formalmente hasta la instauración de la República. La primera Constitución francesa (1791), basada en la ficción de la independencia completa entre los poderes legislativo y ejecutivo, ocultaba en realidad o se esforzaba en ocultar al pueblo la dualidad de poderes reinantes: de un lado, la burguesía, atrincherada definitivamente en la Asamblea Nacional, después de la toma de la Bastilla por el pueblo; de otro, la vieja monarquía, que se apoyaba aún en la aristocracia, el clero, la burocracia y la milicia, sin hablar ya de la esperanza en la intervención extranjera.

Pero antes de que las cosas culminen en este dilema: o la guerra o la guillotina, entre en escena la Comuna de París, que se apoya en las capas inferiores del tercer estado y que disputa, cada vez con mayor audacia, el poder a los representantes oficiales de la nación burguesa. Surge así una nueva dualidad de poderes, cuyas primeras manifestaciones observamos ya en 1790, cuando todavía la grande y la mediana burguesía se hallan instaladas a sus anchas en la administración del Estado y en los municipios» (29).

«En un principio, las secciones de París mantenían una actitud de oposición frente a la Comuna, que se hallaba aún en manos de la honorable burguesía. Pero con el gesto audaz del 10 de agosto de 1792, las secciones se apoderan de ella. En lo sucesivo, la Comuna revolucionaria se levanta primero frente a la Asamblea legislativa y luego frente a la Convención.

Cada una de dichas etapas se caracteriza por un régimen de dualidad de poderes muy marcado, cuyas dos alas aspiraban a

(28) *Ibid.*, págs. 216-217.

(29) *Ibid.*, págs. 250-253.

instaurar un poder único y fuerte: el ala derecha defidiéndose, el ala izquierda tomando la ofensiva. La necesidad de la dictadura, tan característica lo mismo de la revolución que de la contrarrevolución, se desprende de las contradicciones insoportables de la dualidad de poderes. El tránsito de una forma a otra se efectúa por medio de la guerra civil. Además, las grandes etapas de la revolución, es decir, el paso del poder a nuevas clases o sectores, no coinciden de un modo absoluto con los ciclos de las instituciones representativas, las cuales siguen, como la sombra al cuerpo, a la dinámica de la revolución. Ciertamente es que, en fin de cuentas, la dictadura revolucionaria de los *sans-culottes* se funde con la dictadura de la Convención; pero, ¿qué Convención? Una Convención de la cual han sido eliminados por el terror los girondinos, que todavía ayer dominaban; una Convención cercenada; adaptada al régimen de la nueva fuerza social. Así, por los peldaños de la dualidad de poderes, la Revolución francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Desde el 9 de termidor, la revolución empieza a descender otra vez los grados de la dualidad de poderes. Y otra vez la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes había acompañado cada nueva ascensión. La nueva sociedad busca de este modo un nuevo equilibrio de fuerzas.

La burguesía rusa, que luchaba con la burocracia rasputiniana a la par que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente durante la guerra sus posiciones políticas. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus manos, a través de las asociaciones de *zemstvos*, las Dumas municipales y los Comités industriales de guerra, un gran poder; disponía por su cuenta de inmensos recursos del Estado y representaba de suyo, en esencia, un gobierno autónomo y paralelo al oficial» (30).

«Georgia envió diputados menchevíques a las cuatro Dumas, y en las cuatro fracciones parlamentarias sus diputados desempeñaron el papel de líderes. Georgia se convirtió en la Gironda de la Revolución rusa. Si a los girondinos del siglo XVIII se les

(30) *Ibid.*, págs. 252-253.

acusaba de federalismo, los girondinos de Georgia, habiendo comenzado por la defensa de una Rusia una e indivisible, acabaron en el separatismo» (31).

«La prensa patriótica de 1917... no hacía más que señalar el contraste entre los soldados rusos, desertores y prófugos, y los heroicos batallones de la gran Revolución francesa. Esas confrontaciones eran el producto no sólo de una incomprensión de la dialéctica del progreso revolucionario, sino incluso de una total ignorancia de la Historia.

Los notables y grandes capitanes de la Revolución y del Imperio francés actuaron, casi constantemente, quebrantando la disciplina, como desorganizadores; Milyukov diría: como bolcheviques. El futuro mariscal Davout, cuando era el lugarteniente de Axout, durante largos meses, en 1789-1790, disolvió la disciplina «normal» en la guarnición de Aisdenne y expulsó a los comandantes. Por toda Francia hubo, hasta mediados de 1790, un proceso de total descomposición del viejo ejército. Los soldados del regimiento de Vincennes obligaron a sus oficiales a hacer mesa común con ellos. Una veintena de regimientos sometieron a sus comandos a violencias de diversos géneros. En Nancy, tres regimientos pusieron en prisión a sus oficiales. A partir de 1790, los tribunales de la Revolución francesa no cesaron de repetir, a propósito de los excesos en el ejército: «Es el poder ejecutivo el culpable por no haber destituido a los oficiales hostiles a la revolución». Mirabeau y Robespierre se habían pronunciado también por la disolución del viejo cuerpo de oficiales. El primero señalaba que había que restablecer lo más pronto posible una fuerte disciplina. El segundo quería desarmar a la contrarrevolución. Pero los dos comprendieron que el viejo ejército no podía seguir.

Es verdad que la Revolución rusa, diferente en esto de la francesa, se produce en tiempos de guerra. Mas no es una razón para hacer una excepción a la ley histórica señalada por Engels. Al contrario, las condiciones de una guerra prolongada y desgra-

(31) *Ibid.*, pág. 272.

ciada no podían más que acelerar y agravar el proceso de la descomposición revolucionaria del ejército» (32).

«El 17 de julio de 1791, La Fayette ametralló en el Campo de Marte a una manifestación pacífica de republicanos que intentaban dirigirse con una petición a la Asamblea Nacional que amparaba la perfidia del poder real, del mismo modo que, ciento veintiséis años después, los conciliadores rusos amparaban la perfidia de los liberales. La burguesía realista confiaba liquidar, mediante una oportuna represión sangrienta, el partido de la revolución para siempre. Los republicanos que no se sentían aún suficientemente fuertes para la victoria, eludieron la lucha, lo cual era muy razonable y se apresuraron incluso a afirmar que nada tenían que ver con los que habían participado en la petición, lo cual era, desde luego, indigno y equivocado. El régimen de terrorismo burgués obligó a los jacobinos a mantenerse quietos durante algunos meses. Robespierre buscó refugio en casa del carpintero Duplay, Desmoulins se ocultó, Danton pasó algunas semanas en Inglaterra. Pero, a pesar de todo, la provocación realista fracasó: las matanzas del Campo de Marte no impidieron al movimiento republicano llegar al poder. Así, pues, la Revolución francesa tuvo sus «jornadas de julio», tanto en el sentido político de la palabra como desde el punto de vista del calendario» (33).

«Durante cinco años, los campesinos franceses se sublevaron en todos los momentos críticos de la revolución, oponiéndose a un compromiso entre los propietarios feudales y los propietarios burgueses. Los *sans-culottes* de París, al derramar su sangre por la República, liberaron a los campesinos de las trabas feudales. La República francesa de 1792 ponía de manifiesto un nuevo régimen social, a diferencia de la República alemana de 1918 y la española de 1931, que representan el viejo régimen menos la dinastía. En la base de esta distinción no es difícil encontrar el problema agrario. El campesino francés no pensaba directa-

(32) *Ibid.*, págs. 450-451.

(33) L. TROTSKY, *Historia de la Revolución rusa, op. cit.*, t. II, páginas 89-90.

mente en la República: quería echar al caballero. Los republicanos de París olvidaban de ordinario la aldea. Pero sólo el empujón de los campesinos contra los propietarios garantizó el nacimiento de la república, al barrer los escombros del feudalismo. Una república con una nobleza, no es una república. El viejo Maquiavelo lo había comprendido perfectamente, cuatrocientos años antes de la presidencia de Ebert, cuando confinado en las afueras de Florencia, entre la caza de mirlos y el juego de tric-trac con un carnicero, generalizaba de este modo la experiencia de las revoluciones democráticas: «Quien quiera fundar una república en un país donde existan muchos nobles, sólo podrá hacerlo después de haberlos exterminado a todos». Los mujiks rusos eran, al fin y al cabo, de la misma opinión y la manifestaban abiertamente, sin ningún maquiavelismo» (34).

El hecho de que se citen aquí estos extractos de los escritos de Trotsky no quiere decir que se compartan sus opiniones; sólo se quiere recordar que el máximo dirigente de la Revolución bolchevique hace frecuentemente comparaciones y analogías entre su revolución y la Revolución francesa.

Así, según Trotsky —la autoridad máxima para nosotros en este asunto—, la Revolución bolchevique es la continuación de la Revolución francesa. Los «revolucionarios profesionales» de Rusia, al principio del siglo XIX, toman conscientemente de la «herencia» de la Revolución francesa ante todo la utopía de una «democracia socialista» (actualmente llamada «democracia popular»). El comunismo, sin embargo, no lo aplican en su «casa». Las cuatro corrientes del comunismo de la Revolución francesa le sirven como un artículo de exportación a otros países. De esta manera «devuelven la pelota» a los que inyectaron este virus destructor a Rusia en 1917, pues las Democracias Occidentales, y, especialmente, los Estados Unidos, se sirvieron de este virus comunista, en 1917, para debilitar a Rusia, y ahora la Unión Soviética se sirve de las cuatro corrientes comunistas de la Revolución francesa para debilitar a todos los países del mundo.

Sobre el esfuerzo de realizar la utopía socialista en la Unión Soviética existe un excelente e insuperable estudio, lleno de datos

(34) *Ibid.*, pág. 394.

serios e informaciones exactas, elaborado por los profesores rusos (que trabajan en universidades europeas), Michel Heller y Aleksander Nékrich, publicado con el título *La utopía en el poder, historia de la Unión Soviética desde 1917 hasta nuestros días* (35). Es imposible resumirlo, pues es denso y parco, sólo se puede recomendar como una lectura indispensable para cada persona que se interese seriamente por conocer la tragedia de un pueblo sumido en el inhumano y cruel experimento de la «realización» de una utopía marxista-socialista.

Este estudio no podrá nunca perder su valor informativo, a pesar de que, después de ser publicado, en el año 1982, en Rusia haya habido muchísimos cambios, pues se trata de una obra histórica, y sin el conocimiento del pasado no se puede comprender el presente y tampoco prever el futuro.

Sin embargo, si se trata del presente, en el cual se reflejan los resultados y las consecuencias de la «realización» de la utopía marxista-leninista durante más de setenta años, nos permitimos citar algunas informaciones recientes respecto al actual sufrimiento de la gente forzada a vivir esta cruel «realización» de la utopía. Se trata de las informaciones proporcionadas por la actual prensa soviética.

Pero antes, recordemos que la población de la Unión Soviética no es homogénea, pues, fuera de los rusos, viven en este inmenso territorio (de 22 millones de kms. cuadrados) también etnias, de distintas culturas, razas y costumbres. Sin embargo, los rusos y otros pueblos eslavos (bielorrusos, ucranianos, polacos, etc.), y de la Europa Oriental y Central (lituanos, estonianos, finlandeses, letones, rumanos, etc.) son cristianos; además, hay también más de 50 millones de mahometanos, centenares de miles de judíos y, si se trata de la parte asiática, hay también millones de budistas y de otras religiones.

Pues bien, uno de los principios morales de muchas de estas religiones, especialmente de las cristianas, es la caridad. Todos

(35) El texto original esta escrito en ruso y lleva el título: *Utopiya u vlasti-Ocerki sovetskoy istorii ot 1917 do nasib dnevy*. La traducción francesa lleva el título: *L'utopie au pouvoir, Histoire de l'U. R. S. S. de 1917 à nos jours*, Calmann-Lévy, París, 1982, pág. 658.

estos pueblos, especialmente los mismos rusos (ortodoxos), hasta la Revolución bolchevique, practicaban fervorosamente la virtud de la caridad, sea individualmente, sea en forma organizada, mediante distintas instituciones y asociaciones.

Focio, el patriarca de Constantinopla (siglo IX), constata que «el bárbaro y cruel pueblo ruso, desde el momento de su conversión al cristianismo, cambia sus costumbres y practica generosamente la caridad» (36). Con el tiempo, en la medida en que se cristianiza la población de Rusia, aumentan las prácticas de caridad, especialmente en el caso de los monjes y de los príncipes, que cuidan a los enfermos y se preocupan por los agonizantes (37).

El historiador ruso, del siglo XIX, Wasiliy Kluchevsky insiste en que no se trata sólo de dar ayuda material, sino ante todo de una actitud espiritual de compartir con el prójimo sus sufrimientos y ver en el necesitado al mismo Cristo; de ahí que a estos bienhechores se les llama *Christolubiec* o *Bogumilec* (38).

Durante el gobierno de Catalina II aparecen varias instituciones estatales de ayuda a los pobres, enfermos e inválidos, y en el año 1775 ya existe un amplio sistema estatal de ayuda a los necesitados, especialmente para los ancianos. En vísperas de la Revolución bolchevique, existen en Rusia tanto instituciones de ayuda estatales como de la Iglesia ortodoxa y de otras religiones cristianas. Así, la caridad es una de las virtudes cristianas típicas del pueblo ruso antes de la Revolución bolchevique (39).

Desgraciadamente, la Revolución bolchevique destruye no solamente la economía, aumentando la pobreza y fomentando la miseria del pueblo, sino también las buenas costumbres y la práctica de las virtudes, exterminando la caridad y sus instituciones, principalmente por introducir una educación materialista.

(36) *Pierovaya biesieda Fotiya, Na nashestviye rosos, Materialy po istorii SSSR*, Moskva, 1985, págs. 267-271.

(37) *Okruzhnoye poslanie patriarcha Fotiya, ibid.*, pág. 270.

(38) *Istoria Russkoy Cerkev*, t. I, Moskva, 1901, pág. 522. También: *Monasti Medicine in Kievan Rus and early Muscovy, Medieval Russian Culture*, Californian Slavic Studies XII, London, 198, pág. 58. También: *Dobrye ljudi Drievniy Rusi*, «Siemia i Shkola», 1988, núm. 8.

(39) P. WLASOW, *Yekaterinskaya bogadielnia*, 1989, núm. 3.

y atea, que transforma las costumbres y, ante todo, que combate todo lo espiritual, incluso eliminando la palabra «caridad» de los diccionarios y enciclopedias (40).

Los escritores rusos, fieles a la fe cristiana, subrayan que las autoridades soviéticas se preocupan más por las estadísticas del ganado que de la población. Por ejemplo, Yuriy Chernichenko escribe que, durante la colectivización del agro, en los años 1929-1933, fueron destruidos 17 millones de caballos, 25 millones de vacunos, 10 millones de ganado porcino y 71 millones de ovejas. Sin embargo, no se sabe cuántas personas murieron en este tiempo de hambre o fueron ejecutadas, y sólo los escritores rusos que viven fuera de Rusia calculan las pérdidas humanas entre 45-46 millones de personas muertas, sea de hambre, sea por inhumanas condiciones de vida, sea ejecutadas como «sospechosas». Desapareció también la caridad, pues cualquier ayuda fue siempre drásticamente castigada (41) con la deportación a los campos de exterminio o a los campos de trabajo forzado, en lugares inhóspitos.

Ultimamente (1988-1990), la prensa en la Unión Soviética se atreve a publicar más informaciones al respecto, pues la censura es menos severa.

Así, por ejemplo, se informa que la tierra y el agua en la Unión Soviética están catastróficamente contaminadas. Casi todos los ríos están contaminados por la industria química. Enormes lagos artificiales cubren actualmente espacios mayores que todo el territorio de Francia, y más de 2.600 aldeas y 165 ciudades han sido destruidos por esto, pero el agua de estos lagos está completamente envenenada por los residuos químicos de la industria. Uno de los más grandes lagos, el de Ladoga, de 900 kilómetros cuadrados, está muerto, pues no tiene ninguna vida biológica, envenenado con los desechos de las fábricas de aluminio. Lo mismo pasa con Baykal, el más grande lago del mun-

(40) ELДАР PARÇONOWSKIJ, «Dielo dielikatnoye», *Izviestia*, 18-II-1989, núm. 50.

(41) «O milosierdii», *Literaturnaya Gazeta*, 1987, núm. 12.

do (42). El nivel de agua en Seveni (Armenia) bajó 20 metros (43.) En los últimos diez años, en la Unión Soviética se secaron 40 lagos y 150.000 ríos quedaron envenenados (44). El famoso río Volga está completamente contaminado (45).

La contaminación de aire también es catastrófica, pues en 104 ciudades el índice de contaminación sobrepasa diez veces lo admitido (46) y, sin embargo, viven en ellos 40 millones de personas (47). A esta contaminación se atribuye el hecho de que el 90 % de los niños nacen enfermos (48).

El estado general de salud en la Unión Soviética es desastroso. Según los datos oficiales, hay en los hospitales permanentemente más de 50 millones de enfermos (49), sobre el total de la población de m./m. 280 millones. Cada día no se presentan al trabajo m./m. 4 millones de obreros por estar enfermos. Sobre 100 personas, cada año están enfermos 67 varones y 76 mujeres. En el año 1987 hubo en la Unión Soviética 4.600.000 enfermos crónicos alcohólicos (50), entre ellos 2.500 jóvenes menores de 16 años (51). En el año 1988 hubo 131.000 drogadictos (52). En el año 1987 hubo 54.105 suicidios (53), entre ellos 2.194 niños (54). La mortandad infantil es actualmente en la Unión Soviética de 19,3. El 36 % de los «médicos» no tienen ningún conocimiento de medicina (55).

(42) JURIJ MAKARCEV, «Jeszcze nie pozdno», *Molodaya Gwardia*, 1988, núm. 1.

(43) RACHI OWANESJAN, «Ziemia, ekologija, pieriestroika», *Liteiraturnaya Gazieta*, 1989, núm. 4.

(44) JURIJ MAKARCEV, *op. cit.*, nota. 42.

(45) JELENA KNORRE, «"Ekos"-znacit "dom"», *Nauka i Zizn*, 1989, núm. 5.

(46) R. WIESNIN, *Komunist*, 1988, núm. 2.

(47) G. SIDORENKO, *Trud*, 22-III-1989, núm. 67.

(48) *Prawda*, 8-I-1988.

(49) *Liteiraturnaya Gazieta*, 1988, núm. 5.

(50) *Izviestia*, 13-III-1988.

(51) *Komsomolskaja Prawda*, 18-VI-1988.

(52) *Izviestia*, 29-II-1989.

(53) *Ogóniok*, 1989, núm. 3.

(54) *Izviestia*, 2-VI-1989.

(55) *Liteiraturnaya Gazieta*, 1988, núm. 5.

El salario mínimo en el año 1988 fue de 217 rublos (56) mensuales, sin embargo, más de 3 millones de trabajadores reciben menos de 80 rublos (57). Los jubilados llegan a 58.100.00 (58) y reciben sólo entre 26 y 60 rublos mensuales (59); es decir, viven en la más espantosa miseria (60). Los ancianos solitarios sobrepasan los 10 millones (61) y hay 7 millones de inválidos, además 25 millones de ancianos que siguen viviendo con sus familiares (62).

En la Unión Soviética hay (1987) 83 millones de niños; 15 millones de ellos están hospitalizados; 2 millones de ellos están sordos y 350.000 ciegos. Hasta el año 1950, la institución *Kinderfeindlichkeit* asesinó 50 millones de niños no nacidos; el 40 % de las mujeres abortan (63). En los últimos cinco años (1984-1989) 1.795 mujeres asesinaron sus niños recién nacidos (64). Un millón cien mil niños son huérfanos (65). Cada año hay 40 % de divorcios de los matrimonios contratados. En el año 1988 hubo 950.000 divorcios. En el año 1987 hubo un millón de niños vagos, de los cuales sólo 76.200 estaban acogidos en las casas para este fin (66). Anualmente hay casi un millón de niños arrestados por distintos delitos (67).

Los vagabundos en la Unión Soviética son muy numerosos, tanto varones como mujeres; al respecto no existen estadísticas oficiales (68), sin embargo, la prensa soviética está informando

-
- (56) *Siemia*, 1989, núm. 9.
 (57) *Komsomolskaia Prawda*, 19-II-1989.
 (58) *Izviestia*, 20-VIII-1988.
 (59) *Komsomolskaia Prawda*, 21-IX-1988.
 (60) *Izviestia*, 9-VII-1989.
 (61) *Trud*, 17-IX-1988.
 (62) *Komsomolskaia Prawda*, 12-VI-1989.
 (63) *Prawda*, 22-II-1989.
 (64) *Izviestia*, 2-VI-1989.
 (65) *Prawda*, 19-VIII-1989.
 (66) *Wiestnik Statistiki*, 1989, núm. 1.
 (67) *Prawda*, 15-VIII-1989.
 (68) *Gudok*, 1-VII-1989.

sobre ellos con frecuencia (69) y sólo un grupo de ellos, llamados «los sin techo», sobrepasan los 40 millones (70).

En síntesis, según el discurso de Rolan Bykov, pronunciado con ocasión del Primer Congreso de los Diputados de la Unión Soviética, «... en el lugar del instinto de vida, que antes fue la base de nuestra civilización, se impone actualmente el instinto de muerte, como anuncio de la era apocalíptica» (71).

Así se presenta el soñado paraíso marxista-comunista en la Unión Soviética, después de más de setenta años de «realización» de la utópica «sociedad socialista», como una antesala del futuro comunismo.

La utopía es lo irrealizable, pero los marxistas-comunistas de Rusia necesitaron más de setenta años para darse cuenta de eso y sólo actualmente —después de los terribles desastres, sufrimientos del pueblo y espantosas matanzas en los campos de exterminio de al menos setenta millones de personas adultas (sin contar a los niños)— empiezan a discutir sobre el tema: ¿cómo salir de este *impasse*?

No basta cambiar de régimen y saltar del «socialismo» a la economía de mercado. Y, ¿por qué no basta? Porque no se trata sólo del régimen social-económico, sino del hombre como tal.

Toda la población de Rusia, durante más de setenta años fue tratada por su gobierno opresor como esclavos, como niños chicos, pues nadie ha tenido la posibilidad de asumir la responsabilidad por su propia vida, disponer de sí mismo, trabajar por su cuenta y con su propia iniciativa. El socialismo, por ser socialismo, siempre produce infantilismo: en una sociedad socialista la gente crece, envejece, pero no madura nunca, pues se queda infantil, porque no asume la responsabilidad, sin lo cual no hay madurez. Si no se tiene la iniciativa y la libertad de realizarla, las facultades creativas se atrofian, viene el infantilismo, es decir,

(69) *Ogoniok*, 1-VII-1987, núm. 8.

(70) *Sovietskaia Kultura*, 25-VI-1989.

(71) *Izviestia*, 11-VI-1989.

(72) *Politicheskii Sobiessednik*, 1989, núm. 7.

(73) *Siemia*, 1989 núm. 9.

(74) *Ibid.*

(75) *Ibid.*

una mentalidad de niño: «que los demás se preocupan de mí»; viene, en consecuencia, el cretinismo, como una atrofia completa de las facultades creativas. Es lo que actualmente sufre toda la población de la Unión Soviética, como resultado del régimen socialista total. El comunismo marxista nunca puede tener éxito, pues es esencialmente utópico, es decir, irrealizable. Quien pone la carreta delante de los bueyes, no puede esperar que los bueyes la tiren.

En vez de la prometida prosperidad y felicidad, después de setenta años de trabajo y de sacrificios, han llegado a la extrema miseria y desesperación. El resultado no podía ser otro, pues la utopía es irrealizable. La única solución es dejar la utopía y volver a la realidad. Pero, para volver a la realidad, no basta dejar solamente la utopía de la Revolución bolchevique, sino también dejar la utopía de la Revolución francesa, es decir, su maldita herencia.

El noble pueblo ruso, desde mil años cristiano, merece algo más que la sola vuelta a la vida normal, próspera y con bienestar material, que le puede asegurar la así llamada «economía de mercado». Merece, después de tantos sufrimientos, volver a una vida digna del ser humano, es decir, a la vida espiritual y religiosa; volver a la plena libertad del culto cristiano, a la convivencia con Dios y con su Santísima Madre la Virgen María, pues, sólo contando con la bendición de Dios y con la protección de la Santísima Virgen Madre de Dios, el pueblo ruso podrá ser de nuevo feliz.

«Sin mí no podéis hacer nada» —dice Cristo (J. 15.5)—. Nada de lo positivo, nada de lo valedero, nada de lo que tenga valor a los ojos de Dios.

¡Ojalá que Rusia despierte y salga de su tumba, como Lázaro, en la cual ya se está pudriendo durante más de setenta años! Pero que salga a una vida nueva, verdaderamente cristiana, que abandone para siempre todas las utopías y, especialmente, la blasfema pretensión de construir una Ciudad sin Dios y contra Dios, y que se comprometa con la única tarea que permite y garantiza la plena felicidad terrenal y celestial: con la Ciudad de Dios.